



Hugo Fóscolo

Los sepulcros

a Hipólito Pindemonte

Deorum manium iura sancta sunt.
(XII Tablas)

All'ombra de'cipressi e dentro l'urne...

¿Del ciprés a la sombra, en rica urna
Bañada por el llanto, es menos duro
El sueño de la muerte? Cuando yazga
Yo de la tumba en el helado seno,
Y no contemple más del sol la lumbre
Dorar las mieses, fecundar la tierra,
Y de yerbas cubrirla y de animales,
Y cuando bellas, de ilusión henchidas,
No pasen ya mis fugitivas horas,
Ni, dulce amigo, tu cantar escuche
Que en armonía lúgubre resuena;
Ni en mi pecho el amor, ni arda en mi mente
El puro aliento de las sacras Musas,
¿Bastará a consolarme yerto mármol

Que mis huesos distinga entre infinitos
Que en la tierra y el mar siembra la Muerte?

Es verdad, Pindemonte, aun la Esperanza,
última diosa, los sepulcros huye;
Todo el olvido en su profunda noche
Presto lo oculta, y sin cesar girando
Una fuerza invencible lo arrebató,
Y el hombre y sus sepulcros suntuosos
Y sus últimos restos y sus nombres
De la tierra y del cielo borra el Tiempo.
¿Mas no vive el mortal, cuando ya muda
Es para él del mundo la armonía,
Si puede alimentar dulces recuerdos
En los pechos amantes? La celeste
Correspondencia de amoroso afecto
Don es a los humanos otorgado;
Por él vivimos con el muerto amigo,
Y él vive con nosotros; la piadosa
Tierra que en su niñez le alimentaba
Le ofrece en su regazo último asilo,
Y sus cenizas de la lluvia impía
Y del profano pie guarda y defiende;
Su nombre escribe en mármol, y con flores
De árbol amigo su sepulcro cubre,
Sobre él tendiendo bienhechora sombra.

Mas quien afectos no dejó en herencia
Con triste rostro mirará las tumbas,
Errar verá su espíritu desnudo
Por las orillas de Aqueronte río,
O levantarse en las augustas alas
Del divino perdón, pero su polvo
Deja a la ortiga del terrón desierto,
Donde ni dama enamorada ruegue,
Ni escuche el pasajero los suspiros
Con que desde el sepulcro hablan los Manes.
Nombre tan sólo aquellos muertos tienen
Que con piadoso llanto son honrados.
¡Oh Talía! sin tumba el sacerdote
Yace, que con amor, en pobre asilo,
Te consagró un laurel, ciñó tus sienes
Con preciada corona; tú aplaudías
En dulce risa el cántico festivo,
Punzante al Sardanápalo lombardo,
Con el mugir dormido de sus bueyes,
Que arando las campiñas del Tesino
Ocio le dan, riquezas y abundancia.
¡Oh bella Musa! ¿dónde estás? No siento
Pura ambrosía, indicio de tu numen,

Entre las plantas do sentado lloro
Por mi techo materno. Aquí venías
Tu poeta a escuchar, bajo aquel tilo
Que hoy gime y tiende sus dobladas hojas
Porque no cubre, oh Diosa, del anciano
La urna con la sombra de sus ramas.
¿Buscas tal vez en túmulos plebeyos
El lugar do descansa la cabeza
Sagrada de Parini? No en sus muros
Sombra le puso, mármol ni inscripciones
Milán, la de cantores enervados
Engendradora; sus cenizas mancha
Tal vez con torpe sangre el homicida
Que purgó en el patíbulo su crimen;
Acaso siente cuál sus huesos roe
Abandonado can que triste aúlla
Y hambriento escarba la olvidada fosa,
Mientras nocturno buho vuelve al nido,
Si la luna alumbró el fúnebre campo,
Y en inmundos sollozos se lamenta
Del pálido fulgor que los luceros
Sobre la tumba abandonada vierten.
¡Oh sacra Musa! de la oscura Noche
Por tu poeta la merced implora.
¡Ay del difunto que ni gloria humana
Tras sí dejare ni amoroso llanto!
Flores no nacerán sobre su losa.

Cuando las nupcias, tribunales y aras
Dulcificaron de la humana gente
Las ásperas costumbres, y piadosas
Tornáronlas, los vivos arrancaron
Al aire vago, a las voraces fieras
Los míseros despojos que Natura
En raudo vuelo, en incesante giro,
Nueva existencia a producir destina.
Monumentos de gloria los sepulcros
Fueron al par que venerandas aras.
Allí los Lares responder solían,
Del oráculo allí la voz oyose,
Y fue temido el juramento horrible
Sobre el paterno polvo pronunciado.
Tal religión que con diversos ritos
La virtud patria y la piedad unía,
Fue por largas edades continuada.
No siempre el pavimento recubrieron
De los templos las losas sepulcrales,
Ni el hedor de cadáveres mezclado
Al humo del incienso respirose,
Ni entristecieron la ciudad efigies

De hórridos esqueletos, ni la madre
Despertaba del sueño estremecida,
Tendiendo el nudo brazo a la cabeza
Del tierno niño que en su seno yace,
Oír pensando de irritada sombra
Largo gemir que el corazón lo helaba.

En otra edad los cedros, los cipreses,
De efluvios puros impregnando el aire,
Hojas tendían en memoria eterna
Sobre la urna, y en corintios vasos
Derramadas las lágrimas votivas,
Una antorcha encendían los amigos,
Para alumbrar la subterránea noche,
Porque los ojos moribundos buscan
La luz del sol, y el último suspiro
Todos los pechos a su luz exhalan.
Las fuentes derramando aguas lustrales,
Amarantos regaban y violas
En el fúnebre cerco, do si alguno
A libar leche y a contar sus penas
A los caros finados se acercaba,
Sentía en torno una fragancia pura
Como las auras del Elíseo prado.

Hoy piadosa locura a las doncellas
Britanas hace suburbanos predios
Mucho estimar, donde el amor las lleva
De la perdida madre, do imploraron
Al Genio del lugar por el retorno
Del héroe que rompió vencida nave,
Y de su mástil fabricó su tumba.
Donde duerme el afán de ínclitos hechos,
Y el trémulo pavor y la opulencia
Son del vivir político ministros,
Inútil pompa, precursora imagen
Del Orco son marmóreos monumentos.
Ya el rico, el docto y el patricio vulgo,
Gloria y decoro de la Ausonia tierra,
En sus palacios, entre vil lisonja,
Tiene, aun en vida, excelsa sepultura,
Y en vanos timbres su grandeza asienta.
Ven, dulce muerte, reposado albergue
Do la fortuna sus venganzas cesa;
Recoja la amistad no de tesoros
Herencia, mas de canto no humillado
Y libres pensamientos el ejemplo.

A egregios hechos, Pindemonte, excitan
Las urnas de los fuertes; bella y santa

Hacen al peregrino aquella tierra
Que las oculta. Cuando vi el sepulcro
Donde de aquel varón los restos yacen,
Que el cetro del tirano gobernando,
Deshoja su laurel, y al pueblo muestra
Con qué lágrimas crece y con qué sangre,
Y el féretro de aquel que nuevo Olimpo
Alzó en Roma a los Dioses, y la tumba
Del que vio al sol inmóvil y a los mundos
Bajo el etéreo pabellón rodando,
Y al Anglico inmortal mostró la vía
Del antes ignorado firmamento;
Dichosa te llamé, ciudad que baña
Aura vital, y lava el Apenino
Con torrentes lanzados de su cumbre.
Limpidísima luz vierte la luna
En tus collados que la vid adorna,
En los cercanos valles que a los cielos
Despiden de mil flores el aroma.

Tú, Florencia, escuchaste la primera
Del desterrado Gibelino el canto,
Y tú los padres diste y el idioma
Al dulce vate, de Caliope labio,
El que al Amor desnudo en Grecia y Roma
De un velo candidísimo adornando,
Volvió al regazo de la Urania Venus
Y más felice aún, porque en un templo
Conservas fiel las italianas glorias,
Las únicas quizá, pues de los Alpes
El mal vedado paso y la inconstante
Omnipotencia de la humana suerte
Armas te arrebataron y defensa,
Y aras y patria; esta memoria sola
Nos resta; de aquí brote refulgente
Luz de esperanza a la oprimida Italia
Y el fuego encienda en generosos pechos.

Alfieri en estas tumbas a inspirarse
Venir solía; con los patrios dioses
Airado, en torvo ceño, erraba mudo
Por la orilla del Arno más desierta
Con ansioso recelo contemplando
Los montes y los valles, do ninguno
A su anhelar quejoso respondía;
Sobre el mármol dobló la frente austera
Con palidez mortal, mas aún brillaba
La divina esperanza en su semblante.
Hoy yace en esos mármoles; sus huesos
Aun a la voz de patria se estremecen;

Desde el sacro recinto un numen habla,
Numen de patria que animó a los griegos
Contra el persa invasor, en Salamina
Y en Maratón, do consagrara Atenas
Trofeos a sus hijos. El piloto
Que surcó desde entonces el mar Eubeo,
Vio centellear en la tiniebla oscura
Fulgor de yelmos y encendidas teas,
Humear ígneo vapor las rojas piras,
Armas brillar cual si la lid tomara,
Y escuchó en el silencio de la noche
Tumulto de falanges por el campo,
Clangor vibrante de torcidas trompas,
Relincho de corceles voladores,
Gemir de moribundos, triste llanto,
Himnos de gloria, y funerales trenos.

¡Feliz tú que el imperio de los vientos
En tus floridos años recorrieras,
Y si la antena dirigió el piloto
Tras las islas Egeas, cierto oíste
Del Helesponto resonar la costa
Con los hechos antiguos, y espumosa
Y rugiente miraste a la marca
Las armas conducir del fuerte Aquiles,
A las playas Reteas, a la tumba
De Ajax de Telamón! Sólo la muerte
Dispensa con justicia eterna gloria;
Ni astuto ingenio ni favor de reyes
Al Ítaco falaz aprovecharon;
Las ondas le arrancaron su despojo
Por los ínferos dioses concitadas.

Yo en peregrinas tierras fugitivo
Por anhelo de gloria y triste suerte
Estos nombres evoco, que las Musas
Del mortal pensamiento animadoras,
Fieles custodios, los sepulcros guardan,
Y cuando el tiempo con sus alas frías
Osa tocarlos, las Pimpleas hacen
Alegres con su canto los desiertos,
Y vence poderosa su armonía
De siglos mil las sombras y el olvido.
Por eso hoy en la Tróade contempla
Con asombro y respeto el peregrino
Un lugar por la ninfa consagrado
Que fue esposa de Jove, y dio la vida
A Dárdano inmortal, de do Asaraco
Y los cincuenta tálamos proceden
Y Troya, el reino de la Julia gente.

Oyó Electra el decreto de la Parca
Que del aura vital la transportaba
A los Elíseos coros, y al Tonante
Esta postrer plegaria dirigía:
«Si te agradó mi rostro y mi belleza
Y las dulces vigilias a mi lado,
Y algún premio mayor no me deparas,
La muerta amada desde el cielo mira
Y haz sagrado el lugar de su sepulcro.»
Rogando así, moría y el Saturnio,
Gimió, doblando la inmortal cabeza,
Y ambrosía vertió sobre la Ninfa,
Y aquella tumba consagró por siempre.
Allí yace Erictonio y duerme el justo
Ilión; allí venían las troyanas
Sacrificios a hacer, queriendo en vano
El hado detener de sus maridos;
Allí vino Casandra, cuando el pecho
Ardiendo en sacro fuego, el Dios la hacía
De Pérgamo anunciar los tristes hados,
Y a las sombras cantaba himno amoroso,

Guiando a sus sobrinos exclamaba
Con profundo suspiro: «Si de Argos
Do al hijo de Laerte, al de Tideo
Conduciréis al pasto los corceles,
Tal vez tornar os concediera el hado,
En vano buscaréis la patria vuestra;
Los muros arderán, obra de Febo,
Aun veréis humeantes sus reliquias.
En esta sacra tumba los Penates
Habitarán de Ilión, que en la desdicha
Los Númenes conservan el recuerdo.
¡Oh palmas y cipreses que las nueras
De Príamo plantaron, y que presto
¡Ay! creceréis con lágrimas bañados
De tristes viudas, proteged mis padres!
Y quien llegare a la espesura sacra
Que vuestras ramas formarán creciendo,
Pío se dolerá de nuestros males
Y tocará con reverencia el ara,
Amparad a mis padres algún día;
Veréis errante a un ciego en vuestros bosques,
Trémulo penetrar en los sepulcros,
Las urnas abrazar e interrogarlas;
Entonces gemirán los hondos antros
Y narrarán las tumbas el destino
De Ilión, dos veces en el polvo hundida
Y dos tornada a alzar con gloria nueva

Para adornar el último trofeo
Del Pélide fatal. El sacro vate,
Aplacando las sombras con su canto,
Ensalzará a los príncipes argivos
Por cuanto baña el piélagos sonante,
Y a ti, Héctor, dará llanto sublime.
Santa será la sangre derramada
Por la patria infeliz, mientras radiante
El sol alumbre la miseria humana.»

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

